naciones, Jesucristo, levantando sus santas y adorables manos, trémulas por las ansias del amor, os dice, os grita: "Dejad que vengan los niños á mí. . . . . ."(Estrepitosos y prolongados aplausos.)

(Al descender el orador de la tribuna, el primero que se adelanta á felicitarle y abrazarle, es el Sr. D. Ricardo Gómez, sustentante del tema impugnado. Nuevos aplausos, batiendo palmas y prorrumpiendo en bravos.)

# LA REVOLUCIÓN SOCIAL Y EL TRABAJO CRISTIANO.—DISCURSO PRONUNCIADO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS Á LOS ALUMNOS DEL COLEGIO SALESIANO DE MEXICO.

ILMO. Y RMO. SEÑOR VISITADOR APOSTÓLICO,

SEÑORES:

SÍ que había de acudir á vuestro llamamiento, ¡oh venerable apóstol de este segundo Evangelio que se llama el "trabajo cristiano," administrador de estas nuevas ágapes creadas por la omnipotente caridad bajo el egoísmo de nuestro siglo; trovador de este nuevo "Magnificat" que se levanta de los talleres iluminados por la Cruz, repitiendo todos los días como la sublime viajera de Nazareth: "¡Glorifica mi alma al Señor, á Aquel que llena de bienes á los infelices, á Aquel cuyo poder se perpetúa á través de las generaciones!"

Sí que vendría agobiado por las desdichas sociales, á respirar aquí esa brisa de la santa esperanza; á contemplar con mis ojos resuelto el problema que en vano fatiga, sin

solución posible, á los sabios en sus gabinetes, á los poderosos en el corazón de sus ejércitos. Allá, tras de estos muros benditos, el problema social extiende su dominio de arcano y de terror, nos oprime á todos como un César que no discute, enreda en nuestra inteligencia, como un pulpo de acero sus innumerables tentáculos, nos asfixia, nos enloquece; apaga como un huracán, no imaginado por Virgilio, todos las luces de la civilización, todos los ideales de la especie humana; aquí, bajo esta techumbre, estamos en la ciudad de Dios, aquí el problema ha muerto, herido, no por el garrote vil, ó el hierro de la guillotina, no por el sable de los ejércitos, no por los aparatosos recursos de una ciencia que es el arlequín del vicio y el error, sino por la espada incontrastable, por la virtud excelsa del trabajo cristiano, que es la alianza nobilísima entre la más alta fuerza del espíritu, la fe, y el más vigoroso propulsor social, el trabajo, entre la economía y la moral, entre la lágrima y la esperanza, entre la voluntad de Dios y la voluntad del hombre; el abrazo inefable del obrero que levanta sus manos encallecidas, y Jesucristo que lo recibe entre las suyas empapadas de sangre, y le dice, con la voz del monarca del mundo: "¡Feliz de tí! porque tuyo es el reino de los cielos."

¿Cómo, entonces no venir afanoso á contemplar resuelto aquí el conflicto que allá afuera nos amenaza y nos deja mudos de espanto, á paladear la demostración práctica de esa verdad dulcísima que esforzada, aunque inútilmente, he predicado ante los sabios?

Para nosotros los filósofos de Cristo, los que poseemos la verdad de Dios, la grande y madre verdad que eternamente pura salió de sus manos, y eternamente pura da vida y autoridad á nuestra razón; para los que repudiamos como delirante y prostituta esa sociología concebida fuera del plan social decretado por Dios, fuera del bien, fuera de la virtud, fuera del objeto y el destino del género humano; concebida, digo, en las entrañas de la soberbia y bajo las convulsiones del error; esa sociología que nace muerta, porque rechazando las razones "á priori," suprime los verdaderos asuntos de la Filosofía, los asuntos de origen, ininvestigables por la experimentación; para los que atesoramos la ciencia no incluída en la bancarrota descubierta por Brounetiere, y que acreditará el mañana, si no está ya acreditándola al presente; para los que buscamos el saber y la felicidad dentro de aquel imperecedero programa de San Pablo: "Todas las cosas se juntan, se armonizan y subsis-



ten en Cristo," estas grandes instituciones de Don Bosco entrañan la solución perfectísima del problema social, y norman la conducta del Cristianismo á través de las bramadoras tempestades promovidas por la reacción pagana de nuestra época. De aquí, señores, la suprema importancia que reconocemos en estos providenciales Institutos Salesianos que el Señor inspiró á su ilustre elegido de Turín, como un recurso heroico de salvación, en aquellas borrascas, y de aquí nuestro júbilo, al ver que en Méjico, la tierra de los insondables peligros, levanta ya su copa florida ese árbol que trasplantó Don Bosco, del Evangelio á la ciencia social, ese árbol que describió Jesús, ese árbol del admirable desarrollo, en cuyas ramas vendrán á posar las artes y las ciencias, es decir, las aves del cielo.

Gracias, ¡oh, hijo dignísimo de aquel sembrador incomparable! porque me habéis hecho partícipe de tamaña ventura, y habéis concedido á mi lengua la gloria de venir á publicar las excelencias de la Obra Salesiana, de la obra religioso-social más interna y más expansiva, más fecunda y mejor organizada en el corazón del mundo moderno. Y, pues, tanta dicha habéis dispensado á mi espíritu sediento del Reino de Dios y de la felicidad de la patria, permitidme que corresponda á vuestro llamamiento demostrando que la obra practicada por las Instituciones Salesianas, es, conforme á la ciencia, á la historia, al plan social decretado por Dios y revelado por la naturaleza, la solución del colosal y horrendo conflicto que estremece hoy á la humanidad con el espanto y los furores de una catástrofe.

## II

El problema consiste en el conflicto entre "el hambre de oro y el hambre de pan," según la frase del eminente Padre Bolo. Es el dolor desheredado del cielo que disputa febrilmente la tierra; es el sufrimiento desheredado de la esperanza que disputa locamente el placer y el minuto; es el hombre desheredado de la igualdad ante Dios, la única efectiva y valiosa, la que tú, ¡oh mi San Pablo! anunciabas en lo más alto de tu Sinaí de Apóstol, cuando exclamaste: "Todos sois unos en Jesucristo;" es la generación de ateísmos que habiendo comenzado en la Filosofía, produjo el del trono, el de las leyes, el de los Estados, y, por consecuencia de todos ellos, es el conflicto entre el Estado

que borró á Dios, como fuente de autoridad, y proclamó la soberanía del pueblo, y el pueblo que haciendo uso de esa soberanía decreta la destrucción del Estado; y hablando, señores, con más precisión y franqueza, este problema de la oposición entre el capital y el trabajo, es el levantamiento del racionalismo contra el derecho natural, la subversión del pueblo formado, instruído y azuzado por las sociedades secretas contra la autoridad y la propiedad; el pueblo que exclama como el primer enemigo de Dios: "non serviam;" es el paganismo armado del progreso para destruír la civilización, es, en una palabra, la anarquía. ¿Y sabéis en qué estriba para la sociedad lo más formidable, lo más aterrador del problema? En esto, señores: en que la anarquía es la obra, es el ideal de los que han formado las instituciones modernas y dirigen los Estados; la obra y el alma de los principios filosóficos de las leyes, y por lo tanto, éstas, lejos de ser aptas para reprimirla, son su mejor base y su aliento más vigoroso; en que el legislador ha sido el anarquista de gabinete, como el obrero es el anarquista de la calle; por manera que la sociedad se halla suspendida entre dos anarquismos: el deliberante que está en las capas más altas del orden social, aunque ocultamente, y el ejecutivo que está en las capas más bajas y perceptibles. Esta verdad de rigurosa exactitud es al mismo tiempo tan grave, que me obliga á demostrarla detenidamente con vivo afán de producir perfecta convicción en vuestra conciencia.

## III

Desde ha mucho tiempo, especialmente desde el siglo XVIII, las sociedades secretas, que han dictado las modernas constituciones, han dirigido sus esfuerzos más eficaces á crear el anarquismo, que es la disolución social, verdadero fin de esas agrupaciones tenebrosas.

Weishaupt, una de las lumbreras y glorias más altas de esas sociedades, un gran teólogo y maestro de esas sectas, sintetizó el pensamiento de ellas en estas palabras:

"La igualdad y la libertad son los derechos esenciales que el hombre en su perfección originaria y primitiva recibió de la naturaleza. El primer atentado contra esa igualdad fué realizado por la propiedad; el primer atentado contra esa libertad fué realizado por las sociedades políticas ó los gobiernos; los únicos apoyos reales de la propiedad y



de los gobierno son las leyes religiosas y las civiles que toman de ellos su fuerza; así pues, para restablecer al hombre en sus derechos primitivos de igualdad y de libertad, es preciso comenzar por destruír toda religión, toda ley religiosa y civil, y acabar por la abolición de toda propiedad." (Deschamps, Tom I.)

Juan Jacobo Rousseau, el Mahoma del Jacobinismo imperante, campeón de los filósofos francmasones escribió esto:

"El primero que cercando un terreno osó decir "esto es mío" y halló gentes demasiado candorosas que le escucharan, fué el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuantos crímenes, guerras, muertes, miserias y horrores hubiera evitado al género humano aquel que, derribando la cerca, ó rellenando el foso hubiera gritado á sus semejantes: "cuidaos de escuchar á este impostor; seréis perdidos si olvidáis que los frutos son para todos "y que la tierra no es de ninguno." [1]

Toda la historia del paganismo masónico, toda su doctrina, todas sus leyes, símbolos y ritos están impregnados de la revolución contra la propiedad y la autoridad. La declaró Alembert, el gran consejero libre pensador del execrable rey Federico II diciéndole que los pobres "tienen el derecho de levantarse en armas contra los ricos; [2] la proclamó Mably, una de las más brillantes antorchas de los constituyentes masones, como lo llama Condorcet pidiendo la comuna; la sancionaron Beccaria, Diderot y Voltaire, en el "Tratado de las penas y de los delitos" llamando al derecho de propiedad, un "derecho terrible;" Brisot, el famoso maestro de la logia de las "Nueve hermanas," exclamó con Helvetius, Condorcet y el mismo Voltaire: "el rico es el único ladrón." [3] El célebre pontífice del san-martinismo enseñó que el derecho de propiedad descansa en bases imaginarias. [4] Mirabeau y Robespierre, representantes del Escocismo, predicaron tenazmente contra ese derecho, [5] su negación fué la más honda tesis del Sansimonismo, del Fourrierismo, de la Internacional. En la masonería

1 "Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres."
2 Cartas al Rey de Prusia.
3 Investigaciones filosóficas sobre el derecho de propiedad.
4 "de los errores y de la verdad."
5 Estudios históricos y filosóficos sobre los tres grados.

alemana, belga, francesa, italiana especialmente, la recepción del "aprendiz" y del "maestro" son positivas y ardientes apologías de la comuna y del hombre salvaje. La humanidad ha perdido la dicha desde que aparecieron las palabras "tuyo y mío" dice Ródarés, el notable expositor de los símbolos. El hombre no conquistará la ventura sino cuando haya acabado con la propiedad, asienta el célebre ritualista Ragon. [1] ¡Ah, Señores! ¡Con qué dolor advierto la imposibilidad de encerrar en este discurso los miles, los cientos de miles de proclamas contra el orden social basado en la propiedad, y lanzadas por los más autorizados y venerados maestros de las sectas anticatólicas! Y esa labor no ha sido puramente académica; ella ha consistido sobre todo en la faena inmensa de llevar esos criminales principios al espíritu del pueblo y á las legislaciones modernas.

Yo cumplo con una justicia rigurosamente histórica, al culpar á las sociedades secretas del estado subversivo y volcánico en que se hallan los pueblos actuales; ni debo callarlo por injustificada, por falsa prudencia, cuando los grandes publicistas del libre pensamiento, cuando sus Tulios y Catones alardean de esa revolución y disputan bélicamente el honor de la causa del cataclismo. Oíd á Luis Blanc:

"¿Quién, dice, desde 1792, proclamó el ateísmo, el panteísmo, sobre todo, cuya deducción lógica es la "comunidad de bienes?" ¿Quién desde entonces, proponía la repartición de tierras y gritaba: "todo es de todos," no hay para mí más que una ciudad, un pueblo, una ley social, un espíritu público, un Dios en tres personas: "yo, tú, él? ¿Quién, desde entonces, convirtió en club, "llamado círculo social," la logia masónica del "Palacio Real"? ¿Quién proclamó sus principios? ¿Quién fundó un periódico con el nombre de la "Bouche de Fer," para difundirlos por todas partes? El jefe de la masonería, los masones iluminados, los Fanchet, los Bonneville, los Goubil de Prefeln, los Condorcet, [2]

Por su parte, la autoridad ha sido el blanco de la conspiración de las sectas; toda autoridad, desde el maestro de escuela hasta los poderes públicos, desde la del padre de familia hasta la de Dios. Cuando el Cristianismo apareció en la tierra, halló la autoridad no menos desprestigiada que

1 Choix de rapports, discours E. C.

2 Luis Blanc, Historia de la Revolución. Tomo III, página 32—33.



prostituída. En las inmensas posesiones de Roma, en la patria del Salvador especialmente, en esa Judea heroica, que decidió perecer bajo la espada de Tito, antes que resignarse para siempre al yugo extranjero, se maldecía públicamente á la autoridad romana y á las clases privilegiadas, traidora y sacrílegamente ligadas con ella.

La autoridad había perdido la noción de su origen y su derecho. Los Césares eran no más que hechuras y representantes de las masas militares; los cónsules y los senadores, los tetrarcas y los jueces, instrumentos miserables de los vicios y crímenes de los Césares. La soldadesca elegía el poder supremo. Un hombre musculoso tenía ya título á la púrpura; hasta se vió un esclavo de Asiria ascender al trono de los Antoninos por haber triunfado en una lucha personal con otro soldado. La prostitución horripilante del poder y del trono, hizo del concepto autoridad un sinónimo de infamia, tiranía, crimen, lepra, aborrecimiento. El Cristianismo comenzó activamente la obra de la nueva civilización, por reconstruír el concepto de la autoridad. Jesucristo, San Pablo, San Pedro, atendieron vigorosamente á la edificación de esa base urgentísima para la sociedad civil, predicando esta doctrina eminentemente civilizadora y organizadora: la autoridad viene de Dios, ella es el representante del Altísimo, el supremo gobernador del universo; de él emana, como la luz emana del sol, como el calor procede del movimiento, como la ponderación de los cuerpos procede de la gravedad. El ha dicho: "per me reges regnant." El que resiste ó injuria á la autoridad, injuria y resiste á Aquél por quien gobierna. "Obedeced, exclamaba San Pedro, aún cuando vuestro superior sea duro ó injusto." Así, señores, se constituyó la sociedad cristiana sobre la base eminente de la obediencia á Dios en la obediencia á la autoridad, en la obediencia á las leyes, como reglamentaciones de la ley natural, que es el verdadero Derecho Divino. Para destruír el orden social, objeto de las sociedades secretas, era necesario destruír la noción de autoridad, y para esto era á su vez indispensable arrancar á esa autoridad su origen divino, substituyéndolo con el humano; es decir, suplantar la soberanía divina con la soberanía popular declarando, como se ha declarado, que la autoridad emana originaria y genuinamente del pueblo. Pero esta declaración no es más que el primer paso que han dado las sociedades y legislaciones anticristianas en el derecho positivo. No es un fin, sino un principio; el verdade-

ro fin es acabar con toda autoridad, aun la emanada del pueblo; el fin es la anarquía.

"Destruír entre los hombres la distinción de "categorías," de creencias y de patria, hé aquí el objeto de la masonería," dice su gran expositor, el famoso Clavel. Y, ¿cómo destruír las categorías legales sin destruír la autoridad? El iluminismo y el sistema de San Martín, en que se concentraron, durante el siglo XVIII, las doctrinas secretas anticristianas, fueron la más perfecta organización de la anarquía. Luis Blanc ha dicho de Weishaupt: "Es el más profundo conspirador que jamás ha existido." San Martín proclama en su libro de los "Errores y la Verdad," la necesidad de una destrucción radical de todos los gobiernos; y las sectas actuales, hijas de ellas, cultivan la anarquía de Proudhón, aquella en que "cada uno será soberano en su cabaña." Todo el sistema masónico, así político, ritual, doctrinario, simbólico, descansa en ese monstruoso ideal, especialmente el carbonarismo, en el cual el iniciador jura "la ruina de todo gobierno constituído, sea monárquico ó sea democrático," [1] declarando á la vez que "todos los medios son lícitos para la consecución de esos fines, el asesinato, el veneno, el perjurio." C. C. (sb.)

En 1832, se publicaron por el muy ilustre Perpignan, documentos sin disputa auténticos, de las constituciones masónicas, y en ellos aparece toda la institución dominada por esta doctrina: "la subordinación es una quimera que es preciso destruír en el mundo, como contraria á la dignidad y al derecho de todo hombre." [2]

Pues ahora bien, Señores, todo esto se ha llevado mediante una tarea de actividad inefable, al espíritu y al corazón de las masas, con particularidad las obreras; todo esto constituye el espíritu de las leyes modernas; todo esto es la revolución protestante y la francesa; todo esto se ha enseñado al pueblo en los motines y en la tribuna; con la guillotina y con la prensa; con los despojos de los bienes eclesiásticos y con el parlamentarismo escandaloso; con la blasfemia pública y con los Panamás; con el ateísmo de la escuela y con el ateísmo del Estado; con el escándalo de los poderosos y los espectáculos obscenos; con la orgía de vicios, que celebra hoy el mundo, autorizada y garantizada por las leyes; con la rapacidad de las naciones fuertes; con

1 Witt, "Memorias secretas."
2 "Memorial Católico." 1832.



la esclavitud y la injuria del Papa; con el encadenamiento de la Iglesia; con la desesperación que se retuerce en todos los espíritus; con la demencia del hastío; con el "non serviam" proferido por todos los labios; con la revolución apoderada del orden civil.

## V

Tal es el confiicto, Señores; para resolverlo, el Cristianismo está armado de su fuerza más poderosa; aquella que más le pertenece y que menos puede arrebatársele: el "Sacrificio." El constituye en toda su historia el secreto de sus triunfantes resistencias; él es su alma de bronce; él su inmortalidad. Por eso Jesucristo fundó su Iglesia sobre el Sacrificio de la Cruz; el sacrificio fué la condición única que puso por eso el Salvador á los que quisieran seguirle: "niégate á ti mismo;" por eso el sacrificio de los suyos, desde Estéban hasta León XIII, desde María Corredentora, hasta la virtud crucificada en nuestro siglo, han sido, son y serán, el almácigo de rosas, el mar de perlas, el cielo de nebulosas infinitas para los arcos de sus victorias, para la frente de sus campeones, para el trono de su serena, gloriosa, perenne y altísima soberanía.

¡El sacrificio! Pero ¿quién puede hablar de sacrificio en este siglo usurero y semita, en que la idolatría de los propios apetitos y el culto á las propias depravaciones, en que la fiebre del placer y la religión del "yo," son los lobos que el libre pensamiento ha soltado tras de la civilización que huye presurosa? ¿Quién osará hoy hablar del sacrificio? Señores, escucho aquí una voz que me responde, una voz anunciadora de milagros, una voz de "fiat," una de esas voces que tienen algo como el eco del Génesis, una de esas que estremecen las fibras de la misericordia del Altísimo; una voz que responde y que me dice: "¡Yo!" Es la voz de Don Bosco. ¿Tú? ¿tú, pastorcillo de Castelnuovo, humilde agrícola perdido en el gran hormiguero de los débiles, de los ignorados, tú respondes? ¿tú vienes á suspender esta enorme bacanal del egoísmo? ¿tú vienes á erigir en sistema el trabajo cristiano? ¿tú vienes de nuevo sobre la barca de Jesús á decir al mar borrascoso del proletarismo y el pauperismo: "calla, enmudece?" ¿Tú? ¿Y quién eres tú para contestarnos en medio del colosal tumulto en que todos disputan la sima de la sensualidad? ¡Ah, Señores!

concededme la dulzura de contemplar por un momento al hombre quizá más extraordinario de nuestro siglo.

Sí, tenemos, tiene la historia el derecho de dar ese nombre á quien durante unos cuarenta años redimió del vicio y de la miseria y entregó á la civilización más de trescientos mil niños, obreros después, verjel social más tarde, que representará con el tiempo millones de familias virtuosas; y dió á la predicación más de siete mil sacerdotes, y fundó doscientos cincuenta colegios, oratorios, seminarios; y llevó con sus misioneros la civilización á los confines australes de la tierra, donde bautizaron veinte mil salvajes; erigió suntuosos templos, y fundó el gran instituto de las "Hermanas de María Auxiliadora" y ese maravilloso cuerpo que se llama la "Pía Sociedad Salesiana" y la "Obra de María Auxiliadora; y adquirió cien mil cooperadores para sus titánicas empresas; y recibió en su celda á tantas personas y tantos fieles como los que visitan el Vaticano; y estuvo en relación con todos los hombres virtuosos de Europa; y como si su sol, á manera del sol de Josué se detuviera en el cielo para multiplicar sus horas de trabajo, todavía pudo escribir libros de gran sabiduría; libros de circulación inmensa, libros como "El Joven Instruído," que cuenta más de ciento veinte ediciones; es decir, libro que en punto á reproducción no ha tenido más rival que la "Física de Ganot," y eso porque sirve de texto en todas las escuelas superiores del mundo. Yo no sé de ningún trabajador, ni Gladstone, ni Pasteur, ni Gaume, que haya tenido como él, que suprimir por completo las horas del sueño cada tercer noche, y que aun en aquellas en que le tocaba dormir, lo hiciera andando en las calles conducido de los brazos por sus discípulos, mientras recorría sus casas. Yo no conozco en la historia un prodigio tal de laboriosidad y resistencia ¡con razón él antes que nadie, ha tenido el derecho de exclamar: "yo, yo soy el sacrificio! yo soy el que se negó á sí mismo, y tomó su cruz y siguió al Redentor á través de la embravecida y rugiente orgía del siglo XIX."

Mas ¿de qué manera puede el sacrificio dominar la borrasca de nuestros días? ¿por qué ha de ser el sacrificio la solución del horrendo problema?

Señores, porque el alma del problema es el egoísmo, es la sensualidad, es el ateísmo de las masas, es la locura; y el sacrificio es la caridad, es la pureza, es la fe, es la resignación; porque al obrero que exclama irritado: "la razón me dice que no ha de haber ricos," es preciso oponer el



obrero que exclama: "Mi Dios me ha dicho: "Siempre habrá pobres entre vosotros;" ¡Hágase la voluntad del pueblo," es preciso oponer el obrero que reza: "hágase la voluntad de Dios;" porque al obrero á quien Satanás le dice: "ruge, sublévate, incendia, asesina, y tuyo será el reino de la tierra," es preciso oponer el obrero á quien Jesucristo dice: "trabaja, obedece, practica la virtud, sé pobre de espíritu y tuyo será el Reino de los cielos;" porque á los protervos que tienen hambre de venganza y sed de la sangre de los poderosos, es necesario oponer los bienaventurados, los benditos de Jesús, los que tienen hambre y sed de justicia; porque al dolor de la desesperación, es preciso oponer el dolor de la esperanza; y al sufrimiento de la soberbia, el sufrimiento de la caridad; y al proletarismo enfurecido por la envidia del placer, es preciso oponer el goce del pobre que administra virtuosamente su salario para las necesidades del hogar doméstico; porque al egoísmo y tiranía del rico ateo, es preciso oponer la caridad del rico cristiano, la gran solución para el bienestar del pobre dentro de la inviolable propiedad del acaudalado. Es decir, Señores, que la santa obra para vencer el conflicto, está en la formación de alumnos y obreros cristianos, por una parte, y en la organización de ricos cristianos, por otra.

En una palabra, la solución consiste en la caridad del trabajo y en la caridad del capital. Pues he aquí la obra de la Institución Salesiana. Ella ha creado dos grandes ramas del salvador sistema: la de los alumnos y la de los cooperadores; ella ha hecho converger en un solo punto, anudarse en un solo lazo, la pobreza y la caridad, el trabajo cristiano y el capital cristiano; ha hecho que se opriman fuertemente dos manos, á cual más poderosa: la que trabaja y la que socorre, la que amasa el pan y la que lo distribuye; ha juntado bajo un solo techo, bajo este santo techo, á dos grandes ensalzados en el Sermón de la Montaña: á los que lloran, á los que consuelan, á los pobres de espíritu, y á los limpios de corazón. Es decir, ha resuelto el problema.

Sí, Señores, son el trabajo y la escuela cristianos la solución del conflicto. Dígalo con su voz de nación poderosísima esa Alemania, en que el obrero católico es el verdadero sostén del Imperio; dígalo esa Alemania donde Windhort, apoyado por los talleres católicos, al derribar á Bismarck salvó á su patria del socialismo; dígalo esa Alemania que, arrepentida, y más que arrepentida, desengañada del "Kulturkamph," extiende sus brazos al Pontífice para